



Capítulo 32: Ágares de zafiro

—¿Mi-mi-madre? —Katharina tembló al saber que su madre vendría—. Ni hablar... Ella no haría eso...

"Ella... ya está de camino", confirmó Novah, con la voz ahora más seria. "Y créeme, no parece contenta".

Katharina sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies. Su madre era una mujer imponente, una fuerza de la naturaleza, alguien que rara vez aceptaba la desobediencia o la rebelión. La idea de enfrentarse a su juicio la hacía temblar.

"¿Qué vamos a hacer?" susurró, con los ojos llenos de miedo, buscando algo de consuelo en su presencia.

Vergil, todavía un poco frustrado por la interrupción, suspiró profundamente. Se acercó a ella y le tomó las manos. Su tacto firme y cálido le dio a Katharina una sensación de seguridad, a pesar del creciente miedo.

"Lo solucionaremos juntos", afirmó, y la confianza en su voz la tranquilizó un poco. "Si lo sabe todo, no hay nada más que ocultar. Lo afrontaré contigo".

Katharina intentó respirar más lentamente, absorbiendo las palabras de Vergil, pero el miedo aún persistía en su pecho.

—No puede... aceptar esto —murmuró Katharina, con la ansiedad a flor de piel—. Te va a matar.





Vergil miró a Katharina y sonrió: "¿Y qué? Ya he muerto una vez, dos veces no importa". Sonrió, acariciándole el pelo.

«Es peor de lo que imaginaba... ¿de verdad da tanto miedo su madre?», se preguntó Vergil mientras intentaba calmar a la mujer que creía que jamás tendría esos problemas.

Novah, todavía en la puerta, suspiró suavemente. «Está de camino, pero hará una parada antes. Te sugiero que te prepares rápido. Esta reunión no será fácil, ya que no está nada contenta».

...

Ubicación actual... Desconocida...

Una mujer estaba sentada en un sillón de cuero en el lujoso interior de un jet privado.

El ambiente era acogedor, una mezcla de modernidad y sofisticación, con detalles en madera de roble oscuro, iluminación suave y grandes ventanales que ofrecían una vista panorámica del cielo nocturno.

Las nubes de abajo parecían mares de algodón, pero para ella eran simplemente un telón de fondo irrelevante frente al torbellino de pensamientos que giraban en su mente.

Ella no era del tipo que se perdía en contemplaciones idílicas; el cielo y sus estrellas ya no la fascinaban.



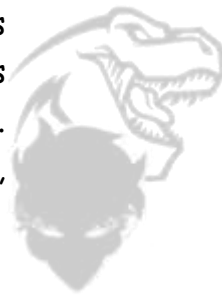


Para ella, el mundo era una arena, y todo formaba parte de un gran juego de poder. Sin embargo, esta vez... Estaba furiosa con las inútiles travesuras de dos insignificantes mortales que se habían atrevido a acercarse a su hija.

A pesar de ello, mantuvo la compostura. Impecablemente vestida con un traje negro a medida y una camisa de seda blanca debajo, proyectaba la imagen de una directora ejecutiva despiadada.

Su abrigo largo seguía su silueta curvilínea y los tacones altos que usaba eran más un símbolo de su autoridad que una necesidad de estilo.

Sus piernas poderosas y bien tonificadas constituían la base de su presencia casi intimidante, mientras que su larga cabellera pelirroja caía en perfectas ondas por su espalda, casi rozando su cintura. Su rostro, con rasgos similares a los de su hija, era una mezcla de belleza aristocrática y dureza espartana. Sus ojos verdes esmeralda eran como piedras preciosas, fríos y calculadores, reflejando solo una determinación brutal.



Frente a ella estaba su fiel sirvienta, Viola, una joven de cabello morado recogido en un moño alto. Viola era discreta pero eficiente, siempre anticipándose a las necesidades de su señora sin necesidad de instrucciones. Sostenía una copa de vino tinto, servida a exactamente 16 grados, la temperatura preferida de su señora. La copa fue ofrecida con la delicadeza y precisión de una sirvienta devota.

—Su vino, señora —dijo Viola en voz baja y suave mientras le entregaba la copa.

Tomó la copa sin siquiera mirarla, como si fuera un gesto natural y esperado. Hizo girar el vino, observando su color profundo y embriagador antes de llevárselo a los labios. Un sorbo silencioso, y entrecerró los ojos ligeramente,

como si estuviera evaluando algo mucho más profundo que el simple sabor de la bebida.

"Son más audaces de lo que esperaba", dijo, rompiendo el silencio con su voz grave y autoritaria. "La entrené para ser fuerte, para ser despiadada, pero parece bastante relajada... Aunque probablemente podría haberlos matado, todavía me enfurece que el nombre de mi hija sea pronunciado por simples mortales insignificantes que intentan impresionar a un miserable dios".

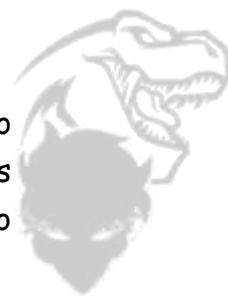
Viola, con las manos cruzadas y la cabeza ligeramente inclinada, escuchaba en silencio. Sabía que, cuando su señora empezaba a hablar, cualquier interrupción podría tener consecuencias desagradables. Era implacable con su hija, pero se preocupaba aún más por ella.

"Además, se dejó seducir por la debilidad", continuó, tamborileando suavemente con sus largos y finos dedos sobre la copa de vino mientras hablaba. "Un hombre, Viola. Katharina dejó que un hombre la distrajera. Eso es algo que no puedo tolerar."

Viola levantó la mirada brevemente, pero permaneció en silencio, sabiendo que su señora aún no había terminado.

"¿Qué opinas de esto, Viola?", preguntó de repente, dirigiendo sus ojos verdes a la sirvienta, quien ahora sentía todo el peso de la pregunta. Era raro que preguntara la opinión de alguien, pero cuando lo hacía, esperaba una respuesta precisa e inteligente.

Viola respiró hondo antes de responder, midiendo cuidadosamente sus palabras. «Creo que la señorita Katharina podría estar pasando por... un momento de debilidad. Pero con su guía, señora, sin duda volverá al buen camino».





Se inclinó ligeramente hacia adelante, con una sonrisa cruel en las comisuras de sus labios. «La debilidad es inaceptable. No la crié para permitir tales deslices. La formé para ser superior a todos, para aplastar a cualquiera que se atreviera a interponerse en su camino».

Tomó otro sorbo de vino antes de continuar. «Este... Vergil», pronunció el nombre con desdén, como si fuera algo tóxico en su boca. «Hay que eliminarlo de la ecuación. Pero no antes de que Katharina comprenda el tremendo error que ha cometido».

—Entendido, señora —respondió Viola con un leve asentimiento—. ¿Debería hacer los preparativos para su llegada al Vaticano?

Sonrió levemente, la sonrisa de un depredador preparándose para atacar. "Sí, el Vaticano..." Cerró los ojos un instante, recordando su pasado.

El Vaticano, un lugar que se había cruzado en su camino innumerables veces, especialmente en su juventud, durante las guerras interminables. Allí había aprendido mucho, y muchas de esas lecciones aún moldeaban su visión del mundo.

"Parece que la Inquisición ha olvidado quién ostenta realmente el poder", murmuró. "Es hora de recordárselo".

—Otro Papa... mi señora... —Viola inclinó la cabeza en señal de obediencia y se retiró discretamente para comprobar los detalles del aterrizaje. Sin embargo, su señora no había terminado. Dejó la copa de vino en la mesa junto a ella y se levantó; su casi 1,90 m de altura proyectaba una sombra que dominaba el espacio.





—Viola —llamó con voz fría y precisa. El sirviente regresó rápidamente, de pie junto a la puerta del compartimento principal.

Viola se giró rápidamente, con sus ojos violetas fijos en su imponente figura. Sabía que cualquier demora en responder a su ama era inaceptable. El aura que emanaba de ella llenaba el chorro como una tormenta a punto de estallar. Cada palabra que pronunciaba era como un trueno antes del relámpago, cargada de una amenaza silenciosa pero poderosa.

"¿Sí, señora?" Viola mantuvo la cabeza ligeramente inclinada, una postura que demostraba sumisión, pero también eficiencia. Era su forma de demostrar que siempre estaba dispuesta a servir.

Dio un paso adelante, sus tacones resonando en el suelo de mármol del jet privado. "¿Crees que soy demasiado indulgente con Katharina, Viola?"

La sirvienta dudó una fracción de segundo, no por miedo, sino porque sabía que responder a esa pregunta era andar por la cuerda floja. Su señora no toleraba la debilidad, ni en ella ni en su hija. «No, señora. Creo que ha sido justo lo que ella necesitaba. Con rigor. Sin piedad.»

Sin embargo... Dejó la palabra flotando en el aire, esperando el permiso de su señora para continuar.

"¿Sin embargo?" Arqueó una ceja, un gesto que indicaba curiosidad e impaciencia a la vez. Sus ojos esmeraldas brillaban con una intensidad fría.

Sin embargo, quizás la señorita Katharina necesite enfrentar sus propias batallas para comprender realmente la fuerza que deseas que posea. La presencia de un obstáculo como el amor podría ser la prueba definitiva para ver si está a la altura de tus expectativas.





Guardó silencio un momento, sus labios formando una sonrisa sutil, casi imperceptible. "Interesante... ¿Sugieres que la deje afrontar esta debilidad sola?"

—De ninguna manera, señora. Usted es la base de su fuerza. Simplemente sugiero que la presencia de un «enemigo» podría usarse como herramienta, como una forma de fortalecerla. Viola sabía que ser demasiado directa podría enfadar a su ama, pero también comprendía que la mujer que tenía delante valoraba la inteligencia y la estrategia por encima de todo.

Su ama se acercó lentamente a una de las ventanas del avión, observando las nubes que se movían abajo. «Tienes razón... él será su prueba. Pero yo estaré allí, en las sombras. Además... me encantaría conocer a un hombre que lograra interesar a mi hija...»

Algo bueno debe salir de esto, ¿no?

Viola asintió. "Sí, señora. ¿Y en cuanto al Vaticano? ¿Prefiere encargarse personalmente de ellos o debería preparar algo más... sutil?"

Su sonrisa se ensanchó ligeramente, sus dientes blancos brillando como colmillos mortales. "Ah, el Vaticano. Una institución anticuada que olvida su lugar en el mundo moderno. No, Viola. Esta vez no habrá sutilezas. Necesitan un recordatorio claro de quién ostenta realmente el poder."

"Me encargaré de ello personalmente."

—Entendido, señora. El avión aterrizará pronto. Me encargaré de los preparativos para su recepción.





Hizo un gesto de desdén con la mano, despidiéndola por el momento. Volvió a sentarse en el sillón de cuero, tomó de nuevo la copa de vino y observó el líquido escarlata con ojos pensativos.

El poder era algo que ella entendía a la perfección. Y, más que eso, comprendía la necesidad de ser temida.

En el Vaticano, ella se aseguraría de que se lo recordaran.

Tomó otro sorbo de vino y, mientras saboreaba el embriagador líquido, su mente ya estaba trabajando en las estrategias y los próximos pasos que daría. Viola tenía razón. Katharina necesitaría una prueba, algo que la fortaleciera. Pero no se quedaría tranquila. Siempre estaría atenta, lista para intervenir si fuera necesario.

Pasaron los minutos, y la suave voz de la piloto resonó por el sistema de comunicación del avión, anunciando su aproximación a Roma. Volvió a sonreír, esta vez con expectación.

"Vaticano...", murmuró, casi para sí misma. "Es hora de una nueva era".

Viola regresó a la cabina, lista para informar que todo estaba preparado. «Nos acercamos, señora. Será recibida como lo solicitó».

Miró a su sirviente con aprobación. «Excelente. Y asegúrate de que nadie, absolutamente nadie, sepa de nuestra llegada hasta que yo decida revelarlo».

"Sí, señora. Todo saldrá como lo planeó."



Mientras el avión descendía, atravesando las nubes y preparándose para aterrizar, la mujer sintió la familiar emoción de la emoción crecer en su pecho. Era el tipo de emoción que solo sentía antes de una batalla inminente.

Al aterrizar, el avión aterrizó suavemente en una pista privada, lejos de la mirada curiosa del público. Un vehículo blindado ya la esperaba junto a la pista, listo para llevarla directamente al corazón del poder religioso, donde daría su siguiente paso.

—Vamos, Viola —dijo mientras se levantaba y se ajustaba su impecable traje—. Es hora de recordarles quién es Sapphire Agares.

